

fesor San José Prisco, con el estudio titulado «Las estructuras eclesiales al servicio de la caridad» (pp. 263-282), en el que se centra —como su propio nombre indica— sobre todo en los aspectos institucionales. Ya con anterioridad, Ricardo Blázquez había profundizado con acierto sobre las relaciones entre justicia y caridad (pp. 17-24). Ofrece ahí una interesante consideración, que todavía no se ha desarrollado en toda su potencialidad: «Pueden los fieles laicos participar legítimamente en diferentes proyectos sociales y políticos, ya que existe un campo amplio de actuación según el discernimiento y la elección de cada uno» (p. 21). En definitiva, unos muy oportunos e interesantes comentarios a la primera encíclica de Benedicto XVI, si bien queda sin glosa alguna la llamada por Tejerina «espiritualidad de la caridad» y la importancia de la santidad en el texto papal.

Pablo BLANCO

J.A. SAYÉS, *Escatología*, Palabra, Madrid 2006, 203 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-9840-008-2.

El prof. José Antonio Sayés es conocido especialmente por sus numerosas publicaciones en el campo de la dogmática: tiene en su haber tratados de antropología, eclesiología, trinitología, cristología y teología de la creación. En el sector escatológico también había publicado con anterioridad una obra breve, de carácter teológico-pastoral, titulada *Más allá de la muerte* (San Pablo, Madrid 1996). Ahora, ofrece al público un manual más desarrollado. Lo hace, dice, con sentido de urgencia, por (1) un secularismo cada vez más difundido, que impide a los hombres ver más allá de la vida presente; (2) los «silencios» que imperan en algunos sectores sobre las verdades escatológicas, que provocan confusión en los creyentes; y (3) la crítica moderna del carácter razonable de las doctrinas cristianas, que caricaturizan la fe como un fideísmo (pp. 8-13).

A la hora de organizar el libro, el autor opta por tratar primero la escatología individual y luego la general, dado que —a su parecer— la primera parte ha caído en un mayor olvido después del Concilio Vaticano II, y conviene recuperar sus enseñanzas (sin excluir por ello aspectos comunitarios y cósmicos de la escatología). Así, en el primer capítulo se trata del *mysterium mortis*, que interpela permanentemente al ser humano: «el hombre comienza a existir en la muerte desde el momento en que comienza a existir en el cuerpo», dice el autor, haciéndose eco de S. Agustín (p. 17). Ante el enigma de la muerte (cfr. *Gaudium et spes*, n. 18) se han ofrecido muchas y muy diversas respuestas, algunas teñidas de tonos trágicos y estoicos. El autor subraya la diferencia radical entre estas visiones tristes y la manera cristiana, esperanzada, de mirar la muerte.

A continuación, el autor no trata enseguida los temas de la pervivencia y la retribución personal *post mortem*, sino que intercala un capítulo que proporciona el contexto general para las afirmaciones de la escatología individual. Así, el capítulo II explica la etapa actual de la economía salvífica en la que se encuentra la humanidad. En esta etapa —posterior a la primera venida de Cristo— respiramos ya la atmósfera del Reino de Dios, incoado aunque no consumado; ya está abierto el camino para pasar de la sombra del pecado y de la muerte a la luz de la vida eterna.

Los capítulos III y IV exponen la doctrina sobre la inmortalidad y la resurrección, tal como la encontramos en la Escritura y en la Tradición eclesial. (Es interesante notar, en los títulos de estos capítulos, la conjunción «y» entre «inmortalidad» y «resurrección»: significa una toma de postura frente a quienes proponen la disyuntiva —la incompatibilidad— entre las dos categorías. Según el autor, inmortalidad y resurrección están fuertemente imbricadas, ya que solamente es posible hablar de resurrección de la misma persona si su núcleo espiritual pervive tras la muerte. En este punto, el autor se sitúa en la misma línea que C. Pozo y J. Ratzinger).

En el bosquejo de los datos bíblicos sobre la muerte, el autor destaca: (1) la vinculación histórica de la muerte (en sentido global: físico-espiritual) con la entrada del pecado en el mundo; (2) el uso que hace el AT de términos como *basar*, *nefesh* y *ruah* para referirse al hombre vivo en cuanto realidad unitaria, así como el empleo de otros términos como *refaim* y *sheol* para referirse al estado humano tras la muerte.

Siguiendo a Pozo, el autor percibe un proceso de clarificación progresiva en el AT: de un concepto vago del *sheol* como repositorio general para los difuntos se pasa a la idea de un lugar «estratificado» de acuerdo con la santidad o impiedad de sus moradores (cfr. los «salmos místicos») y, por fin al concepto de inmortalidad (cfr. Sabiduría) y de resurrección final (Dn 12; 2 M 7).

En el NT, términos como *soma*, *psique*, *sarx* testifican el carácter dual/unitario del ser humano, y también la pervivencia del «yo» personal tras la muerte. Existen abundantes referencias, además, a la resurrección en el último día. «Es así como se armonizan la inmortalidad y la resurrección», dice el autor: «si la resurrección de los cuerpos mortales tiene lugar al final de la historia, es lógico que permanezca entonces el yo o alma espiritual que pervive tras la muerte» (p. 72).

El estudio de la historia de la doctrina cristiana sobre inmortalidad y resurrección —desde la era patrística hasta nuestros días— constituye un compendio interesante de escatología intermedia. El autor se detiene particular-

mente en las afirmaciones relativas a la realidad de un alma inmortal, capaz de recibir una «plena retribución» (p. 110) después de la muerte; y en las formulaciones que aseveran que «resucitaremos con la misma carne que ahora tenemos». (Aquí el autor reconoce la dificultad que entraña la reconstitución de un cuerpo que en su estado mortal ha tenido un constante reflujo de materia; pero sostiene que Dios podrá hacerlo. Como es sabido, el tema del «cómo» de la resurrección [cfr. *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, n. 205: «Comprender *cómo* tendrá lugar la resurrección sobrepasa la posibilidad de nuestra imaginación y entendimiento»] sigue siendo objeto de diferentes opiniones).

Los capítulos V y VI tratan del «tránsito de la muerte» y del más allá: «la retribución ultraterrena». Cielo, purgatorio e infierno son los tres posibles destinos del alma del difunto (cfr. BENEDICTO XII, Bula *Benedictus Deus*). El autor presenta estas tres situaciones postmortales desde una perspectiva moderna, en la línea personalista recomendada por Juan Pablo II. Así, habla del cielo principalmente como un «estar con Cristo» junto con «todos los miembros de su cuerpo místico» (p. 121); del infierno como el alejamiento, por parte de la criatura libre, de Cristo, única fuente de salvación; y del purgatorio, como inmersión en un amor cauterizante que libera al alma de las reliquias del pecado, restablece su belleza interior y la hace apta para entrar en la comunión viva con Dios.

El siguiente capítulo (VII) trata de los eventos del último día: la parusía y los misterios anejos de resurrección, juicio universal, cielos nuevos y tierra nueva. La expectación del glorioso retorno de Cristo, afirma el autor, es parte esencial del cristianismo, y guarda continuidad con la expectación veterotestamentaria del día de Yahveh. El autor ofrece dos posibles explicaciones —ambas verosímiles— de un cierto tenor «inminentista» apreciable en los escritos de los primeros cristianos: es posible, dice, que tales documentos estén coloreados por el mismo estilo apocalíptico que Jesús empleó para hablar de su futuro retorno; también es posible, añade, que reflejen el impacto de la resurrección del Señor, en cuanto que la resurrección se entendía como un acto divino que inauguraba ya la era definitiva (cfr. p. 148).

Es sabido que, con el paso de los siglos, la expectación de la parusía experimentó un declive, pero siempre quedó esta actitud fundamental: «inaugurado el nuevo eón... la Iglesia espera su venida final, sin saber a ciencia cierta cuándo tendrá lugar» (p. 151). Los llamados «signos» de la parusía —e. g. la predicación del evangelio en todo el mundo, la conversión de Israel o la aparición del anticristo— deben entenderse como «condiciones previas» (p. 152) a la venida gloriosa de Cristo; pero el carácter misterioso de tales even-

tos impide que puedan ser utilizados para calcular con exactitud el momento del fin.

Como muestra adicional de la preocupación del autor por dialogar con posturas teológicas modernas, hay en el libro apartados donde critica teorías como la de la decisión final (pp. 114-115), la posible salvación de todos los hombres (von Balthasar, pp. 137-141), el milenarismo (pp. 161-162) y la reencarnación (cap. VIII). (Esta última idea, según el documento de la Comisión doctrinal de la Conferencia episcopal española de 1995 [*Esperamos la resurrección y la vida eterna*] va ganando adeptos entre los españoles, y preocupa por su radical incongruencia con la enseñanza cristiana). Hay también un capítulo dedicado a analizar concepciones antropológicas —nacidas en gran parte en campo protestante— que gravitan sobre determinadas propuestas escatológicas: posturas, p. ej., que, partiendo de la unidad ontológica del ser humano (y de una concepción peculiar del tiempo y de la eternidad), niegan la existencia de una «etapa» existencial entre la muerte y la resurrección. Se llegaría así a la supresión de la llamada «escatología intermedia» y a la reinterpretación de la doctrina católica sobre los sufragios, el purgatorio y la Asunción. El autor evalúa críticamente estas propuestas, cotejándolas con principios fundamentales de la filosofía del hombre y de la doctrina revelada.

José ALVIAR

J.M. SCHWARZ, *Zwischen Limbus und Gottesschau: das Schicksal ungetauft sterbender Kinder in der theologischen Diskussion des zwanzigsten Jahrhunderts: ein theologiegeschichtliches Panorama*, Fe-Medienverlag, Kisslegg 2006, 353 pp., 14 x 21, ISBN 978-3939684015.

El 7 de octubre de 2004, el Papa Juan Pablo II pidió a la Comisión Teológica Internacional (CTI) que estudiara tres temas, uno de los cuales era «la cuestión del destino de los niños que mueren sin el bautismo». Esta petición respondía a inquietudes expresadas por numerosas voces ante la Santa Sede (cfr. CTI, Introducción, *La esperanza de salvación para los niños que mueren sin el bautismo*, 19.I.2007).

Cuando la CTI se dedicaba al estudio de la cuestión, Johannes Maria Schwarz realizaba su investigación doctoral sobre el mismo tema, en la Facultad de Teología de Lugano (Suiza), bajo la dirección del Prof. Manfred Hauke. Acabó su investigación y publicó los resultados —en forma de libro, que ahora comentamos— pocos meses antes de que la CTI hiciera público su documento sobre el destino de los niños fallecidos sin el bautismo.